

R O D O *

Acaso la cualidad literaria de José Enrique Rodó encarecida con más viva y universal alabanza es la perfección de la forma. Quienes elogian sus libros, suelen detenerse primero a ponderar la maestría del estilista. Estilista, según muchos lo entienden ahora, es el artista verbal, el virtuoso de la palabra para quien ésta fuera, más que corpórea envoltura de la idea, música o color. No es entonces el de estilista, calificativo que defina la facultad dominante del crítico capaz de gustar las más varias formas de belleza, pero cuyas preferencias se orientaron siempre en el sentido del arte educador y humano, del moralista que prodigó todos los prestigios de la forma para hacer amable y seductora a una doctrina fundada sobre una concepción de la vida amplia y luminosa, sin duda, pero marcada también con cierto sello de severidad estoica y viril.

No es dudoso, sin embargo, que escritor dotado de tan soberana facultad de expresión haya sido sensible en alto grado a la magia verbal de aquellos maestros cuyo estilo es como una transposición de los procedimientos de otras artes a la labor literaria. Entre los secretos de la hermosura de su prosa estaba la potestad colorista, una de sus admiraciones fue la literatura que sobresale por el poder plástico de la expre-

* Ensayo leído en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, el día 3 de diciembre de 1917.

sión, cuyas obras maestras son quizá los libros aquellos — el de prosa y los versos — en que Gautier hizo reverberar la luz que incendia el cielo español sobre la mas espléndida y pintoresca descripción de sus paisajes que se haya escrito jamás. De la iniciación, que fue cosa de la juventud, en el hechizo de tal arte, quedo luego una influencia perseverante que alentó su esfuerzo para dar a su prosa siempre mayor plasticidad y relieve. Pero nunca pudo contarle entre sus secuaces el arte que levanta por encima de todo mérito literario, la pericia del forjador de frases y la potestad colorista y sensual, indiferente a las realidades morales, como el del lapidario de "Esmaltes y Camaféos".

Un estilo como el suyo es la manifestación de una fuerza espiritual clara y profunda. Esa forma es producto de la aleación de muchos elementos de fondo: claridad lógica, encendida pasión por las ideas, pingües caudales de inteligencia y de imaginación creadora, cultura vasta y armónica que lo mismo da de sí la honda eficacia de convicción del pensamiento y la recia contextura de sus síntesis que la riqueza de su léxico o la brillante legión de sus metáforas.

Habrà de contarsele en el número de los continuadores de la vieja y buena tradición hispánica del filosofar con elegancia, manteniendo la claridad y hermosura de la forma sin que amengue la esclarecedora penetración del pensamiento. De esto hay capítulos ejemplares en "Motivos de Proteo", donde sutiles fenómenos de la conciencia son expuestos en prosa castiza y pura sin que se enturbie un solo instante su diáfandad, sin incurrir en los inútiles barbarismos en que caen con harta frecuencia los expositores filo-

sóficos, ¡cómo si hubiera tan intrincado y nebuloso asunto que no pudiera ser definido con precisión y nitidez sin bastardear el idioma en que Teresa de Jesús analizó con penetración visionaria los arcanos del alma y en que los interlocutores de Fray Luis de León, dialogando a orillas del Tormes, emularon gloriosamente a aquellos cuyos coloquios tuvieron por testigos los platanos que prestan sombra a las márgenes del Iliso¹

No pertenece Rodó al número de aquellos escritores en quienes parece la belleza de la forma resultado de un arte no aprendido, don de naturaleza que se manifiesta con sencilla y abundosa espontaneidad. No tiene de ellos ni las cualidades, ni los defectos ni el gracioso abandono, ni las alternativas de vuelo inspirado y de caídas al prosaísmo, ni la facilidad desaliñada y caudalosa que fluye arrastrando mezclados oro y cieno. La perfección de su prosa debe tanto al reflexivo esfuerzo y al trabajo ahincado como a la abundancia de la vena natural. Su producción es de una igualdad que rara vez decae. Algunas veces, particularmente en "Motivos de Proteo", desearíamos que algún rasgo de mayor naturalidad, de sencillez, interrumpiera un instante la sucesión de los periodos siempre tan acabados de esa prosa torneada y pulida por un grande artífice, pero que fatiga el espíritu con cierta impresión de monotonía en su misma suntuosidad y en el derroche lujoso de sus imágenes. Es visible el esfuerzo, la permanente tensión de espíritu del escritor. Cuando se han leído varios capítulos de este libro, se busca con placer y descanso cualquier página menos trabajada y perfecta, y o suelo leer en tales momentos los artículos de polémica de "Liberalismo y

Jacobinismo”, los cuales, como obras improvisadas, tienen una frescura que en aquel otro libro suele echarse de menos

Nunca con mayor grandilocuencia que en “La Gesta de la forma” ha sido ensalzado el esfuerzo del escritor por alcanzar la perfección del estilo y domeñar la palabra rebelde. heroísmo silencioso, concentración titánico de la voluntad, aplicada a forjar una frase con la misma pasión que un artista de genio como Cellini, ponía en labrar cualquier menuda joya

Se ha señalado con verdad en el estilo de Rodó una tendencia oratoria. Mucha parte de su obra mantiene, efectivamente, un tono oratorio levantado y grave, de una oratoria, hemos de entender, en la que un vigilante buen gusto contuviera cualquier movimiento desordenado, lejana cuanto cabe de aquella con que los tribunos de la plebe ganan fáciles aplausos, su término de comparación pudiera ser acaso aquella que dicen reinó en los primeros tiempos del agora ateniense, antes de que destruyeran su dignidad demagogos y sofistas, cuando el orador hablaba envuelto en los pliegues del manto, en actitud estatuaría. Su elocuencia conduce el espíritu a la consideración de los más elevados problemas, pone en ella el fervor y la unción de un predicador laico. Esta tendencia oratoria se acentúa en sus últimos ensayos, Bolívar y Montalvo, ambos hermosos, y el segundo, obra magistral en la plenitud de la palabra, pero donde es visible cómo la impetuosidad del entusiasmo y el raudal oratorio de la prosa, encumbran por momentos el elogio hasta tocar en ditrambo. Así, cuando el carácter del estilo de Montalvo le recuerda la grandiosidad ajustada a una casi perfecta pureza de líneas geométricas del truncado cono del Cotopaxi, gigante de la

tierra ecuatoriana donde nació aquel escritor, "pocas veces, dice, como en esa montaña y esta prosa se ha ajustado a tan precisos números lo grande" Quizá no fuera ajena a este resultado la influencia del escritor cuyo elogio hacía

Pero, para descuento de esto, ¿qué riqueza de lenguaje, qué erudición acrisolada, qué poder de síntesis vigorosas y seguras de esas que definen en poco espacio el carácter de un personaje o de una época! Suya fue la facultad de diseñar en pocos trazos una figura humana como perfiles copiados de las piezas de un monetario antiguo, desfilan así en páginas de "Motivos de Proteo", Salomón, Alfonso el Sabio, Leonardo de Vinci

Luce Rodó en sus últimas obras una opulencia de idioma mayor que en otra alguna La influencia de los maestros del habla, de los dechados del Siglo de Oro, es en su prosa cada día más directa y profunda

Leyendo por orden cronológico sus escritos es sorprendente ver como se acrecientan paso a paso el sabor castizo, lo pintoresco, entonado y brioso de la expresión, denunciando el comercio siempre más así duro y provechoso con aquellos escritores Tiempo tendré, al comentar el ensayo sobre Montalvo, de volver sobre esto

Diré ahora que cuando se señalan términos de comparación para tal estilo, lo común es mentar escritores franceses La prosa de Rodó, como la de todo escritor grande, es la revelación genuina de un temperamento y traduce el acento de un alma Es algo personal e inconfundible Pueden indicarse en ella influjos y aun reminiscencias inevitables en todo escritor de fuerte cultura, pero no modelos

Y desde luego, nada más diverso del estilo de Rodó que el de Renán, que es el más citado

Por sus cualidades, como por sus defectos, la prosa de Rodó es casi antípoda de la de aquel escritor de quien recibió, sin duda, una de las más eficaces y perdurables sugerencias magistrales

El estilo de Renán, obra maestra del espíritu francés, pudiera ser calificado con las mismas palabras con que el habla de la música aérea que acompaña al vuelo de su Ariel es *una armonía fina, justa y pura*. En la clara transparencia de esa prosa se propaga la ondulación de un pensamiento incoercible y como fluido. Allí reinan la fina ironía, el matiz delicado y la discreta atenuación. Bourget ha dicho que es una prosa lo menos sensual posible, de una espiritualidad incomparable. Y por todo esto diversa de la elocuencia a veces pomposa y siempre rica en color y llena de imágenes, de relieves firmemente acusados del estilo de Rodó.

No solo en el estilo, en el espíritu mismo de la obra es preciso precaverse contra el común error de enlazar estos dos nombres en una relación demasiado estrecha de maestro a discípulo. Esto confirmaba, no ha muchos días, leyendo el ensayo que Renán ha consagrado a estudiar la personalidad de Lamennais, obra de extraordinaria sagacidad crítica y perspicacia, y una de las más típicas de su autor. Asiste Renán, como a un espectáculo digno de ser contemplado, al curso de la vida tormentosa y apasionada de Lamennais, alma ígnea, siempre abrasada en odio y amor, profesando con la misma violencia sombría y fanática lo mismo la fe tradicionalista de la primera etapa de su vida que la creencia demagógica y semi socia-

lista de su final desorbitado. Todo esto se refleja en su estilo cuajado de reminiscencias bíblicas, acento imperioso de una convicción que no conoce la duda, su tono es aquel con que pudiera hablar a los hombres uno de los irritados profetas de la Sixtina. Renán lo analiza y juzga con una lucidez admirable, desde la altura de su superioridad sonriente y benévola. Le reprocha no haber sabido prescindir del mundo y de las muchedumbres, para convertir sus ideas, no en el principio de un apostolado, sino de delectación solitaria y morosa, hay en él, dice, demasiado ardor y pasión, y no bastante desdén "su estilo tiene las formas llenas y pesadas de la cólera, jamás las finas y ligeras de la ironía". Las ideas y creencias que apasionan y conmueven a los hombres pueden ser, en efecto, para el pensador omnicomprendivo objeto de una delicada fruición. no de otra manera, el Próspero de su drama filosófico se afana por descubrir el secreto de *eutanasia*, la ciencia de la muerte dulce y tranquila, en la esperanza de que entonces la idea misma de la muerte podrá ser para el sabio causa de una suprema voluptuosidad.

Bien, todo esto, tan característico y esencial en Renán, sería incomprensible en Rodó, que hace del libro catedra de un magisterio solícito y una ferviente prédica. Su amplitud de espíritu le permitió comprender cualquier linaje de grandeza humana y de superioridad intelectual, pero sus simpatías se orientaron siempre con preferencia confesada hacia las personalidades fulgurantes y heroicas, poseídas de lo que él llamara "la vocación de la caballería". Al juzgar la vida de uno de esos hombres consagrados mantenedores de una idea en aras de la cual se sacrifican, amandola

hasta el fin, su actitud es la de una admiración con cuya sinceridad no se compadece el más ligero asomo de ironía. Profesó el culto de las almas heroicas. Y es preciso reconocer que la vocación sublime del sacrificio, del heroísmo y del martirio no es fácil que se ajuste a la placidez de una vida elegante y serena como aquellas gobernadas por la sabiduría que atesora un caudal de ideas selectas para deleite de las almas capaces de convertir en materia de altos goces y de voluptuosidad no más las creencias por las que sufre y espera la pobre humanidad .

Rodó tuvo como Renán el don de la tolerancia simpática, la capacidad para desentrañar de todas las creencias humanas la centella de idealidad que redime de su imperfección aun a los más toscos símbolos. Esta tolerancia que no importa, según su concepción personal, el renunciamento a la firmeza de la fe y de la convicción propias, consonaba por lo demás con las íntimas tendencias de su alma y le aparecía como una noción corroborada por la sugestión concorde de muchos de los espíritus directores del pensamiento moderno. Pero en Rodó, intelectual puro, buscaríamos en vano emoción semejante a aquella suave que impregna algunas de las páginas críticas más negativas y demoledoras de Renan: una vaga añoranza que parece exhalarse de ellas como un aroma medio desvanecido de fe y de tradición: la poesía del sentimiento que sobrevive a la muerte del sentimiento mismo. En las páginas de Rodó siempre se ve la claridad de una inteligencia fuerte, abierta, sagaz en el análisis del corazón humano, pocas veces, en cambio, se advierte en ellas el acento que hace inconfundible la expresión de las emociones y los sentimientos *vivid*os por el es-

critor consultad, por ejemplo, los capítulos, que escribió en "Motivos de Proteo" sobre el amor o sobre los viajes

Trasladada del terreno religioso al de la crítica literaria, aquella noción de la tolerancia amplísima, pero compatible con la profesión sincera de una fe propia, es la idea madre de la crítica de Rodó. Si algo hay opuesto a su concepción de la función depuradora de la crítica, es la de una crítica definidora y sistemática, que proceda a graduar los valores literarios por cánones inmutables o por comparación con modelos prefigurados. Su inteligencia fue tan amplia y capaz como para abarcar las más opuestas manifestaciones del arte, vario y multiforme como la vida. Guardó en su espíritu inagotables reservas de simpatía humana. Fue magnánimo en el elogio y en el estímulo. Y una severa disciplina, íntima labor de autodidacta nunca satisfecho de sí mismo, acendró cada día esa cualidad, ensanchando el horizonte que señoreaba desde las cumbres de su pensamiento. No hubo victoria que tuviera para él más dulce halago que la de superar una limitación del criterio. Un esfuerzo de cultura jamás interrumpido y ahondado en varias direcciones del saber humano, hizo posible perennemente que descubriera en el mundo del espíritu ignorados tesoros, riquísimos yacimientos inexplorados. Sobre la creencia de que el trabajo bien dirigido de la voluntad podría revelar aun en el alma más desecada y árida en la apariencia, veneros soterrados de aguas vivas y fertilizantes, fundó el generoso optimismo que ilumina su concepción de la vida.

El lema impreso en la portada de su obra primera, "El que vendra", podría caracterizar su labor ente-

ra Ya toda ella estaba como en potencia en ese lejano artículo Serenidad y tolerancia no fueron para él fruto maduro de una vida rica en sabiduría y en experiencia no es el sosegado remanso en que para el ímpetu de una juventud hervorosa y tumultuaria, la paz de la tarde sucediendo al abrasado ardor del mediodía En la caratula del libro que encerrara su obra total bien estaría la frase de Clarín que entonces adoptara "tolerar es fecundar la vida"

Tolerancia es ciertamente, virtud preclara cuando no es una noción puramente negativa, ni apaga esa otra virtud más esclarecida de creer, de afirmar una verdad que de al alma la certidumbre de su destino inmortal sin la cual no hay para el hombre plenitud de vida del espíritu

El anhelo de la perfección formal se ostenta ya en el cincelamiento impecable de aquella prosa de "El que vendrá" de lirismo de por sí tan fácil y abundante El numen del escritor aparece prendado del orden y obediente a los dictados de la razón

Allí se expresan con acento de calida elocuencia algunas de las ansiedades e incertidumbres de un momento de desorientación del pensamiento moderno Quien dice pensamiento moderno, en esta etapa juvenil de su carrera, dice casi exclusivamente pensamiento francés, que fue la cultura francesa aquella en que primero abrevó su espíritu Eran aquéllos los días en que fenecía en melancólico ocaso la generación que trajo a Tame y a Renán, generación cuyo pensamiento, conocido en las primeras lecturas, imprimió honda y perdurable huella en el espíritu de Rodo Sus nombres ilustres son los que con mas frecuencia reaparecen en sus escritos, es imposible comentar su obra

sin recordarlos también a cada instante. El dogma positivista, de que ella, en muchas de sus obras capitales, fuera heraldo y campeón, aparecía ya insuficiente para explicar totalmente el enigma del destino humano. Los maestros mismos habían sentido rozadas sus frentes, en sus últimos tiempos, por una inmensa inquietud dispersa en el ambiente espiritual.

En el recogimiento de aquella hora en que una generación, exhausta ya, pasaba a manos de otra el cetro de las realezas del espíritu, se preparaba la florecencia de futuros idealismos. En el mismo año en que Rodó aparecía en la escena literaria con "El que vendra", en 1896, Brunetière pronunciaba en Besançon un discurso famoso cuyo tema era el renacimiento del idealismo, en él señalaba los síntomas a su juicio precursores de esa eclosión cercana. Indicaba la aparición de estas señales considerando el lenguaje renovado de los hombres de ciencia, poseídos cada día más del sentimiento del misterio de la vida y de los límites infranqueables de la ciencia experimental; decía cómo el presagio de esto se había manifestado en el pontífice mismo de la filosofía positiva cuando quiso en sus postrimerías edificar con materiales de su doctrina, templo para un credo y un rito religioso. En la música era la reforma de Wagner, el arte del porvenir, nacido del consorcio de música y de poesía. El simbolismo prometía abrir nuevos cauces al sentimiento personal haciendo de la poesía un arte más leve y alado, y más íntimo a la vez, que el arte de estatuarios y de orives del parnaso. Los artistas del color se convertían a la misma vaga doctrina de idealidad formando corro en torno a Puvis de Chavannes, cuyo encantado pincel acababa de decorar de pintu-

ras alegóricas el hemiciclo de la Sorbona y de evocar la historia de Santa Genoveva en cuadros dignos, en verdad, de iluminar un episodio de "La Leyenda Dorada" En la vida política auguraban el renacimiento idealista, de un lado el socialismo revolucionario cuyas doctrinas quiméricas y perniciosas para quien en su totalidad las considere, son sin embargo fórmulas imperfectas en que late un anhelo humano de justicia, del otro las promisorias doctrinas sociales que germinaban en las diversas comuniones cristianas, pugnando también como el socialismo, pero sin aquel fermento malo de utopías, por sustituirse a las fórmulas agotadas ya del individualismo egoísta y de las viejas doctrinas liberales Así rastreaba Brunetière en la agitación intelectual de aquellos años las señales precursoras de una próxima restauración idealista

Muy poco tiempo antes, haciendo el balance de las ideas morales de los escritores contemporáneos, Eduardo Rod había señalado el curso de una corriente negativa de ideas en que se prolongaba el impulso de una parte del pensamiento de la anterior generación, pero descubría también la existencia de una corriente positiva que bajaba por opuesta pendiente desde aquellas mismas cumbres cercanas, engrosada por todas las doctrinas de afirmación y de creencia corriente acaso predestinada, en su sentir, a arrastrar a muchos de los espíritus más selectos de la nueva generación, como en efecto ha sucedido

Sin resolver sus dudas en el fuerte optimismo de Brunetière, Bourget había condensado por aquellos mismos días, en una página dedicada a la juventud de Francia, muchas de las aspiraciones del pensamiento de entonces, había removido también en sus

ensayos de crítica psicológica los más inquietantes problemas que pudiera plantearse una conciencia moral conturbada por la lucha indecisa de las opuestas doctrinas que se disputaban el imperio de las almas. Símbolo de la actitud de toda una época educada en el culto de aquella ciencia positiva que acaso secaba sin renovarlas las fuentes profundas de la vida espiritual de su nación, pudiera ser para el sutil crítico, el cuadro que cierra la novela conmovedora en cuyo prólogo plantea aquellas interrogaciones para las que no encontraba entonces todavía la segura respuesta en que luego hallaría el reposo y la paz del alma. La escena en que Adrián Sixto, el maestro apóstol de un materialismo despiadado siente rebosar de su corazón frente al cadáver del culpable discípulo, junto con el angustioso sentimiento de su propia responsabilidad moral, un anhelo infinito que busca expresarse en la fórmula de una plegaria.

Esta es también la hora en que José Enrique Rodo publica su primera página. En ella dice de estas mismas inquietudes y ansias recibidas en herencia de aquella generación cuyos hombres representativos llegaban entonces a la muerte como se apagan una tras otra, tocando en la sombra del horizonte, las estrellas de una constelación declinante.

“El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cupula que la remata y corona”, escribía mucho después Rodó, precisando el origen y el alcance que atribuía al nuevo idealismo que la evolución de las doctrinas traía a triunfar en el campo de Hispano-América. En ese mismo escrito ponía en evidencia las deformaciones que las ideas positivistas, propagadas mal y con atraso,

sufrían en estos ambientes donde propiciaban más que en parte alguna, rastreras tendencias utilitarias, provocaban torpes glorificaciones del egoísmo, del éxito y de la fuerza y producían un decaimiento del sentido ideal de la vida.

Estas son las inclinaciones viciosas de nuestras democracias contra las que predico aquella serena oración de "Ariel", gloriosa por su hermosura, gloriosa también por la virtud suscitadora de sanas energías y de idealismos desinteresados que en sí tiene. Pero ya en aquel opusculo inicial, "El que vendra", proponía algunos de los problemas cuyo estudio abordaría más adelante y apuntaba las soluciones que abrazaría en la culminación de su inteligencia. Allí proclamaba en breves palabras la noción de la solidaridad del esfuerzo, que es ley del mundo moral, cuando se la desconoce o se la niega, toda la actividad espiritual de una generación, dispersándose en una labor anárquica y febril no acierta a erigir obra más duradera que la tienda que se planta para el reposo de una noche. Allí se expresa ya el deseo del advenimiento de un arte más grande, más sincero y más humano que el que profesó con los parnasianos el culto idolatra de la forma o el que con el naturalismo literario intentó mutilar a la naturaleza humana, cercenándole su más noble parte. Allí se da a voz "un ansia de creer que es casi una creencia". Y Rodo termina su obra primigenia con un himno "al que vendra" adelantándose a saludar alborozado aun antes de que apareciera entre nosotros, al maestro que él esperaba, revelador de la nueva palabra de vida y nunciador de la verdad que sustituiría a lo que había caducado de la antigua.

Frecuente había sido también en los pensadores franceses de aquella época la duda sobre la vitalidad interna de la democracia, por lo menos en la forma transitoria que entonces tendía a prevalecer en aquel pueblo. Motivos de meditación para muchos, eran los temas que se estudian en "Ariel"

Sabido es que Taine después de consagrar los últimos años de su formidable actividad intelectual al análisis de las transformaciones que sufriera la sociedad francesa a partir de la Revolución, había encontrado en la aristocracia liberal de Inglaterra, productora de hombres de estado y de políticos, un contrapeso a los excesos de la democracia. La democracia pura, según su concepción, condenando al apartamiento de los negocios públicos a los núcleos patrióticos formados en toda sociedad por la selección que el tiempo fatalmente produce, priva al cuerpo político de sus naturales directores, las aristocracias dejan de ser órganos vivaces para convertirse en colonias de parásitos y, en cambio, se acrecienta sin medida la clase moral e intelectualmente inferior de los políticos movidos por intereses y pasiones de baja calidad, como los *politicians* de Estados Unidos

Renán había proclamado que toda civilización superior es la obra de una aristocracia, encarnada por él en el Próspero de La Tempestad, derrocado luego de su trono por la ingratitud de Calibán, el monstruo triunfante y coronado en quien simboliza al pueblo. Shakespeare había puesto en labios de Gonzalvo, el anciano consejero del duque Próspero, palabras en que esboza la ficción de una república ideal, punto de arranque para las fantasías filosóficas que luego florecieron al arrimo de ese drama. Insensible al he-

chizo de la música de Ariel — es decir, gobernado por el instinto y reacio a la eficacia persuasiva de la razón — Calibán en la creación de Renán ocupa, vencedor aclamado, el trono de Próspero es entonces el imperio de la medianía y de la vulgaridad, y para las superioridades destronadas no queda otra revancha que la sonrisa desdeñosa y la espiritualidad que aguzza los dardos de la ironía.

Bourget, en sus "Ensayos de Psicología contemporánea", se había complacido en señalar las direcciones divergentes de las dos grandes fuerzas que impulsan a las modernas sociedades la democracia y la ciencia. La primera tiende a la universal nivelación. La segunda, cada día más a la especialización, y educa intelectualidades selectas apartadas por virtud de su propia distinción de los campos de la lucha pública, los hombres superiores son casi siempre los "vencidos del sufragio universal", divorciados de las pasiones colectivas y condenados por eso al ostracismo político. Quizá en día no lejano, según presume Bourget, las conclusiones de la ciencia especulativa trasladadas al terreno de la sociología y de la moral pública traeran como inesperada consecuencia la justificación total de los dogmas del tradicionalismo, doctrina política que el escritor ha concluido por abrazar abiertamente como algunos otros de los espíritus más elevados de la Francia contemporánea.

Hijo de un pueblo donde la idea democrática es el alma misma de la civilización, el principio vital que circula en nuestro espíritu como la sangre en nuestras arterias, Rodó ha combatido enérgicamente a aquellos escritores en lo que de sus doctrinas pudiera empañar su fe hondísima en la perennidad de la fórmula que

dio las normas políticas y sociales definitivas de la vida americana. Pero aceptando en lo que es conculable con esta fe aquellos recelos, ha señalado el peligro que dimana para la América nuestra del fermento de levadura demagógica que hasta ahora ha llevado entrañada toda democracia. Le preocupa la necesidad imperiosa de crear ambiente propicio para el florecimiento de una civilización plena de idealidades, donde sean consagradas por el voto libérrimo de la opinión las jerarquías legítimas de influencia moral, sucedaneas de las antiguas aristocracias cuyo derrocamiento mandó una sentencia justiciera del tiempo. Esta preocupación se enlaza claramente con las inquietudes extendidas en la época en que escribió "Ariel". El libro que la formula en América, además de su mérito intrínseco, tiene el mérito y el don invaluable de la oportunidad. Nunca se predicó más noble prédica a estos pueblos indóciles a todo yugo de tradición, de cultura naciente, donde pasiones encrespadas e indomeñables suelen denunciar cierta persistente braveza primitiva. Amenazaban entonces ellos, pasar de la sangrienta orgía del ciclo de organización y de revueltas, a una época prosaica y mercantil, época oscura en que sufrieran eclipse los elevados ideales colectivos, de tal modo que ninguna obra de esas que sirven para atestiguar en los tiempos la grandeza de un pueblo, podría ser afirmada sobre el suelo moyedizo de nuestra formación cosmopolita. Se ha reprochado algunas veces a Rodó el no haber enunciado los medios para evitar estos peligros y lograr los fines propuestos. Es verdad que el pensamiento de Rodó quedó siempre envuelto en la nebulosa de cierta imprecisa vaguedad. Pero sería absurdo

exigir de un pensador solución concreta y terminante para esto, que es uno de los eternos problemas que suscita desde lo antiguo la vida de los pueblos organizados en democracia. De la condena que el voto de la multitud hace recaer muchas veces sobre los hombres superiormente dotados en virtud o en ciencia, hablan ya las palabras, henchidas de presentimientos, que en el "Gorgias" pone Platón en labios del Maestro. Allí se dice que el sufragio del mayor numero difícilmente se interpondría para escudar la inerme virtud del sabio, inhabil para esa adulación de las muchedumbres que es el arte de los retóricos y de los sofistas, pero no de los filósofos enamorados de la verdad, allí se expresa aquella idea sublime, el más digno consuelo que la sabiduría de los hombres, iluminada como por misterioso vislumbre de la revelación cristiana, haya inventado para compensación de la injusticia inmerecida que siendo la pureza del alma el bien principal de la vida, mas merece compasión quien mancilla la suya cometiendo la inicua violencia que quien la sufre.

Tratándose de la dificultad de conciliar la vida democrática, cada día mas amplia y libre, con la sanción y el respeto de las verdaderas superioridades, problema de todas las épocas, no puede exigirse a un pensador como Rodó sino la visión clara de los terminos concretos en que América se plantea. Y la tuvo de una lucidez admirable. Pero la solución definitiva es el secreto del porvenir. Solo cabe ahora afirmar la fe en el destino de la idea de democracia y la esperanza en que la extensión cada día mayor, y la depuración progresiva del concepto de la libertad, traeran por si mismas la solución deseada.

Cabe también esforzarse por educar estos sentimientos. Y así Rodó que proclamó con elocuencia no superada la necesidad de preservar del tumulto público el alcázar de la vida interior, no concibió esto como una justificación del aislamiento egoísta. Su idealismo generoso y varonil nada tiene que ver con aquellos pálidos idealismos, máscaras de la impotencia, que aconsejan el renunciamiento a los deberes activos de la vida. Creyo deber a la sociedad a que perteneció el tributo del caudal que había allegado de verdad y de belleza. Fue trabajador que no rehusó su participación en los afanes colectivos. Su vida ejemplar de ciudadano parece la encarnación de su doctrina. Nadie hubiera podido consagrar con más legitimidad su existencia al cultivo deleitoso del arte, ni con más razón anhelar por aquel templo de la serena sabiduría, tantas veces invocado en vano, que se alza lejos de donde bulle el tumulto de las gentes. Pero su alma de artista alentaba también una vocación de educador que le indujo al ejercicio de un magisterio nobilísimo. Debio desdeñar para ello las incitaciones que le venían de una parte de la tendencia literaria que se iniciaba cuando él comenzó su labor y cuyos primeros esfuerzos en América secundo, aunque no sin serias reservas. No se si cabe aplicar el nombre de escuela al conjunto tan heterogéneo de personalidades de valor muy desigual que se clasifican generalmente entre los adeptos del modernismo. Si se le estudia en algunos de sus representantes más típicos y que arrastraron tras sí más numeroso cortejo, el modernismo fue escuela que nunca arraigó muy hondo en suelo americano. Se caracterizó, quizá en mayor grado que tendencia alguna, por el desvío con respecto a la rea-

lidad circunstante. Vivió más de la imitación que de la energía de un pensamiento original. Produjo algunas obras de refinada belleza, pero ellas fueron como aquella flor del aire, capricho de nuestra naturaleza, que, prendida al tronco montés al que sirve de gracioso airón no ha menester tomar los jugos nutricios de la tierra.

La obra de Rodó infunde por el contrario desde el primer instante una certidumbre de vigor y de salud espiritual. Creyó que en las condiciones actuales de la vida americana, era imperioso deber de quienes manejan la pluma, el de interesarse por esta realidad social o el contribuir a la obra de organización que debe ser resultado de la labor solidaria de todos. El desconocimiento de esta obligación trae casi siempre, como sanción ineludible, la esterilidad del esfuerzo o la creación de obras efímeras. "Solo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un pensamiento americano. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio del tiempo para realizar su vida y su obra."

Este nacionalismo literario, nacionalismo nada exclusivista ni receloso, le inspiró la idea de glorificar a cada uno de los pueblos de Hispanoamérica, magna patria cuya ciudadanía ostento como ejecutoria de espiritual nobleza, encarnándolo en una de sus personalidades representativas, o para emplear su expresión favorita, de sus héroes epónimos. Cúpome la suerte de darle desarrollar este programa de su labor

futura con mención de algunos nombres. De Chile le seducía la personalidad de Diego Portales. Meditaba desde hace algunos años levantar una estatuita a Hermandarias de Saavedra busto para tal escultor. Ignoro si habrá esbozado el ensayo sobre Martí, de que hablaba en los primeros meses del pasado año como de obra pronta ya para ser puesta en el telar, y cómo hubiera sabido tejer el elogio de Martí, cuya gloria es de aquellas que mejor podía exaltar su espíritu la gloria del escritor que después de predicar en las magnificencias de una prosa de hidalga estirpe, la independencia de su pueblo, trueca la pluma por la espada y alistándose en la expedición emancipadora de Gómez, corre a sellar con su sangre la consagración de toda la vida a la causa de la libertad'. En lo que toca al Uruguay nuestro, ambicionaba fijar con rasgos de su pluma el perfil de Artigas. De esta galería de hombres de América que soñó construir, sólo quedan sus cuatro ensayos literarios de mayor amplitud Bolívar, Montalvo, Ruben Darío y Juan María Gutiérrez. En el género de ensayos no conozco de autor americano libro de valor superior al que integran estos cuatro trabajos. Considerando el conjunto de que ellos, o algunos de ellos, debieron ser parte, yo experimento ahora emoción parecida a la que acaso despiertan en el alma del contemplador el Moisés o el Penseroso de Miguel Ángel, fragmentos de vastos monumentos inconclusos emoción en la que entran por igual el sentimiento de admiración que infunde su belleza y el sentimiento de nostalgia con que se piensa en los propósitos grandes truncados por el azar o por la muerte.

Ruben Darío "no es, ciertamente, el poeta de América", lo que no es óbice para que represente una mo-

dad literaria que movió en América el sentimiento poético Poco habrá que rectificar, aun cuando se estudie sin móvil alguno de querrela literaria, el juicio de Rodó, formulado cuando entre nosotros aquello era todavía una relativa novedad, y cuando la bandera literaria recién desplegada era mirada por muchos como una enseña de guerra El elogio del exquisito poeta está en páginas de rara exquisitez la prosa del crítico vale bien la estrofa del poeta Lo que contiene de censura es de una justeza y una claridad definitiva, en lo que ella recae sobre la obra iniciadora del poeta, y con mucha mayor y más merecida severidad en lo que toca a los remedos de los que se aliñaban en su séquito de príncipe de una exótica corte en la que lucieron algunas joyas ricas y valiosas pero en la que la moda encubrió también muchos amaneamientos, muchas vanas frivolidades y no pocas perversiones retóricas

Artista de la forma y de calidad rara también es Montalvo, y por eso tentó la pluma de Rodó Pero lo sedujeron de él, además, lo gallardo del porte caballeresco del hombre, y el temple de su caracter forjado para el combate Este don Juan Montalvo era como un hidalgo español del buen tiempo, nutrido de romances viejos, de libros de caballerías y aun de tratados de mística y de devoción, siempre que estuvieran en prosa añeja y generosa Perdido en el escenario de una república americana, no por eso renunció a dar vado a su vocación de caballero andante Anduvo por el mundo con la pluma siempre enristrada como una lanza, y más temible De sus cualidades literarias, que es de lo que ahora trato, digo que noto en muchos de sus escritos la ausencia de un interés

hondo y permanente de meditación. Careció de aquella íntima serenidad pensadora que difunde suave fulgor en las páginas de Rodó. Obras suyas hay, como la Geometría Moral, que exprimidas, apenas si rendirían cosa de sustancia. Su pensamiento se mueve en un círculo estrecho de ideas cardinales que interesarían muy poco si el arte del escritor no las realizara con sus prestigios, sembrando sus páginas de anécdotas históricas, donosos ejemplos y divertidas narraciones. Sus tratados, disertaciones amenísimas y chispeantes de ingenio, más que profundas, carecen de unidad orgánica, y en ellos el pensamiento fundamental se pierde entre errantes y desorientadas disquisiciones. Porfiado y sañudo en el ataque, es desmesurado en sus entusiasmos, sus elogios — Víctor Hugo, Castelar, — son hipócritas desprovistas por completo de sentido crítico. Es siempre muy verdadero, en cambio, el interés que despierta su prosa, de una retórica formidable, pero metal de ley, acuñado con el carácter de una soberbia personalidad. Grande debió ser su influencia sobre el estilo de Rodó. Concordaba con el ideal de Rodó la empresa de restauración de los tesoros sepultados del habla castellana en que Montalvo gastó sus fuerzas. Escritores como éste, en tierra americana, valen como despertadores de una tradición de linaje semiolvidada y que es necesario revivir. No es el interés puramente literario el que aconseja esto con mayor apremio. Es el espíritu mismo de un pueblo, el que demuestra su enervamiento cuando se empobrece el idioma. La penuria que la lengua castellana sufrió en el siglo XVIII, declararían de por sí la postración del alma española y la decadencia de su literatura, olvidada del pasado esplén-

dor para entregarse a la imitación de extraños modelos. Los idiomas literarios se vivifican y entonan manteniendo el contacto con la lengua creadora del pueblo. En pleno Siglo de Oro, Fray Luis de León y Malón de Chaide se ufanaron, dejando de lado el latín predilecto de los que escribían sobre materias consideradas entonces levantadas y graves, de haber tomado el idioma de sus obras de las fuentes mismas del habla vulgar, acendrándola y poniendo en ella número y armonía. Y Malon de Chaide declaraba ser empresa en que iba comprometida una parte de la grandeza nacional, la de tener la lengua materna "subida en su perfección y tan extendida cuanto lo están las banderas de España". En Montalvo, Rodó hizo el elogio de la restauración erudita y libresca emprendida por un escritor que descubre en la prosa de libros empolvados, gran copia de vocablos y giros injustamente caídos en desuso. De los modernos nadie con tanta pasión como el escritor ecuatoriano ha tronado contra los corruptores de la lengua castellana entre literatos, para él, pureza de idioma vale como la más preciada y alta de las cualidades. Sólo que los esfuerzos de Montalvo dieron por resultado la creación de una prosa riquísima, tampoco exenta siempre de impurezas e incorrecciones a pesar de sus afanes puristas, e inadaptable, por su arcaísmo y su dureza, a las necesidades de la expresión del pensamiento de esta época, la prosa de Rodó — y este ensayo en lo que respecta a la forma, es, quizás, el más lúcido de sus trabajos — es flexible y moderna, no una valiosa antigualla, sino un idioma joven en que florece lozanamente su fuerte y fecundo pensamiento.

Otro es el carácter dominante en la personalidad de Juan María Gutiérrez. No le falta el mérito de la

realización artística, pero no es de primer orden. Este ensayo contiene una síntesis del movimiento literario en los países de la cuenca del Plata, síntesis delineada en torno de la figura central del doctor Gutiérrez Seguir a éste en las etapas de su proficua labor es revivir buena parte de la historia literaria rioplatense de la que fuera insigne obrero. Realizó Gutiérrez qui zá el esfuerzo más fructuoso que hasta hoy aparezca vinculado a un nombre de escritor para reconstruir en su integridad nuestra historia intelectual, que apareció trozada por el hacha revolucionaria mientras el espíritu colonial fue todavía el enemigo activo y temible que era preciso aniquilar. Fue menester que se apagaran en la distancia los ecos de las gestas heroicas de la emancipación, que aquel pasado sólo fuera un recuerdo para que su visión apareciera depurada y engrandecida, mas bella cuanto más lejana y para que él hablara al alma del historiador y del poeta con esa voz amorosa de la tradición que despierta en lo hondo de la conciencia mil otras voces calladas y familiares. Cuando sucede esto es posible la aparición de los grandes contempladores del pasado: los artistas capaces de intentar la resurrección histórica de las épocas muertas y los investigadores que acopian datos y materiales para ello. La vocación de unos y otros suele obedecer al impulso de la misma pasión inicial, en el alma de todo erudito consagrado a la abnegada y árida labor de la investigación hay por lo menos una chispa de fe proveniente de aquel sagrado fuego que enciende el entusiasmo del artista creador, fe como la que animó a un Schliemann, creyente en la verdad escondida bajo la ficción de los poemas homéricos, hasta que, confirmándola, los pa-

lacios milenarios perdidos en las soledades de Myce-
nas y de Tirinto le libraron sus áureos tesoros, reli-
quias de un mundo que parecía sumergido para siem-
pre por la marea del tiempo Gutiérrez fue de aque-
llos en quienes se suman ambas facultades la del in-
vestigador y la del escritor original Hoy todavía ur-
gen entre nosotros trabajadores de esta calidad que
si es cierto que mucha parte de nuestro pasado lite-
rario espera quien la estudie y valorice, también lo
es que tal obra requiere como antecedente indispensa-
ble una ardua labor de investigación original Juan
María Gutiérrez dedicó la vida a explorar en los días
de la colonia, las nacientes del sentimiento colectivo
actual de estos pueblos, y a buscar entre aquellas
sombras hasta los más tenues vislumbres del espíritu
nuevo Hoy, para los hombres del pasado lejano, mi-
sioneros y conquistadores, quisiéramos mayor justi-
cia que la que pudieron hacer los estudiosos de esa
generación Y nos parece fría y mortecina la llama
de aquella poesía pseudoclásica que celebró las vic-
torias revolucionarias y acompañó las reformas pri-
meras, y que fue el entusiasmo literario de Gutiérrez,
aunque nadie negará que esa musa cívica que pidió
lecciones de fortaleza marcial y de amor a la libertad
a una antigüedad clásica puramente convencional, ga-
nó legítimamente para sus autores la gloria póstuma
y, si no el laurel poético inmarcesible, la corona de
roble con que se premian las virtudes ciudadanas.
El ensayo de Rodo, obra de juventud, refundida más
tarde, resume siguiendo paso a paso la vida literaria
de Gutiérrez, la historia de nuestras primeras manifes-
taciones intelectuales La pintura de la época y del
medio, que es parte principalísima en el ensayo so

bre Montalvo, está reducida en éste a uno que otro toque sumario. Del protagonista mismo sólo estudia la actividad literaria, excluyendo expresamente la faz política de su personalidad. Gutiérrez le proporciona pretexto para señalar, estudiando la producción intelectual, los primeros acentos del sentimiento genuinamente americano en sus dos manifestaciones primordiales: el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento de la historia. Desprovisto de aquel interés de investigación original de los estudios de Gutiérrez, tiene el de Rodó, en cambio, la superioridad de una crítica más fuerte y madura. Contemplando desde más lejana perspectiva los hombres y las obras, los reduce a su verdadera proporción, con frecuencia alterada en los trabajos, harto benévolos, de Gutiérrez. Ha sembrado este ensayo de juicios de mucho valor sobre escritores nuestros y sobre nuestras cualidades literarias. Ha rastreado el aporte del sentimiento original americano incorporado a las obras engendradas en las diversas épocas de nuestra vida intelectual, pero ha señalado también la porción que refleja que no falta en ninguna, la que nace de imitación más o menos feliz de literaturas extrañas y no de la contemplación de nuestra naturaleza y de nuestra vida, ni de la necesidad de dar expresión a un pensamiento autónomo.

No pertenece a pueblo alguno aislado, sino a la confederación moral de Hispanoamérica la gloria de Bolívar. El es, en el pensamiento de Rodó, el héroe por excelencia del continente. La epopeya de la revolución no reveló en toda la extensión de la América española ninguna personalidad ni más genial, ni más original y extraordinaria. Héroe de aquellos por los cuales la palabra recobra su prístino sentido. Héroe a la manera que Carlyle concibe el heroísmo. dotado

de una genialidad omnipotente guerrero, legislador, escritor Y en todo, grande al par de los mayores Y aún más, porque algunas de estas grandezas suyas comprenden facultades diversas, su genio guerrero, es una dualidad en la que se funden dos potestades que rara vez se ostentaron conciliadas en una sola personalidad capitán y caudillo, conductor de milicias regulares y fascinador de muchedumbres primitivas de llaneros Ni se ciñe a las reglas vulgares, ni se mide con las usadas medidas esta genialidad abrupta y sublime La eterna inquietud de su ambición, condición de su grandeza y de su fuerza, no es, ni aun cuando lo extravía, codicia de mando o de honores hay en ella algo como el desasosiego del león que se revuelve agujado por el instinto Las de este ensayo son, en suma, páginas de glorificación comparables a las que escribieron Montalvo o Martí. Pero Montalvo, que agotó en el elogio de Bolívar los tesoros de su prosa, no lo hizo más a lo grande que Rodó, ni desato mas ancho río de elocuencia Martí puso en sus paginas mayor énfasis retórico, ostentó aquel conceptismo de su estilo, realzado por un aliento calido y viril, y aquellas magnificencias siempre excesivas de su prosa, hermosa sin embargo, de tal modo es claro que sus defectos provienen del desbordamiento del entusiasmo que rebosa de un alma nobilísima Pero tampoco Martí puso más alto a Bolívar No procede ahora, ni es para mí, someter al toque de rigurosa critica histórica ninguna de estas síntesis brillantes, que obedecen a un propósito bien definido de apoteosis En cuanto se refiere a los méritos propiamente literarios, este ensayo de Rodó no está exento del defecto ya señalado en el de Martí, aunque lo tiene incomparablemente menos acentuado.

cierto rebuscamiento en la expresión, cierto conceptualismo, el mas castizo de los defectos literarios y acaso contraído en las mismas fuentes clásicas en que alimento las gallardías de la prosa opulenta de sus últimos escritos

La obra de Rodó, que sólo parcialmente he podido comentar ahora, servirá para apresurar la emancipación definitiva del pensamiento americano, para que éste sea una realidad cada vez más grande y rica. Pero hay también una parte de ella que se remonta por sobre toda frontera de espacio y de tiempo, asumiendo un alto sentido humano. La virtud idealizadora de sus libros será siempre en nuestra memoria inseparable del símbolo transparente y benéfico de Ariel. Dio lecciones de tolerancia. Anheló por la justicia. Buscó la verdad. Fueron sus enemigos, tanto los fanatismos limitados y torpes, como la helada indiferencia de los hombres incapaces de convicción. La ciencia de la vida que como moralista predicó, es también un arte: vivir bien la vida es vivirla bellamente. La sucesión de los días de una existencia ideal habría de ser como la sucesión de los versos de un poema en que brillaran con igual fuerza la perfección moral, el amor desinteresado de la verdad y el decoro caballeresco de las formas. Es que Rodó amaba con la misma pasión el bien, la verdad y la belleza. Y lo que mas ennoblece su vida y su obra es el grande y anheloso esfuerzo de su pensamiento para alcanzar una participación cada día mayor en la luz de esas puras ideas eternas, de esas esencias divinas — Bien, Verdad, Belleza — cuya contemplación baña los espíritus poseídos del deseo de la sabiduría como de un anticipado reflejo de aquella esfera celeste en donde ellas resplandecen inmóviles.